

MOTIN MILITAR

EN TAMPIO.

1861.





Relación del motin
que tuvo lugar en Tampico de Tamaulipas,
la noche del 28 de Marzo de 1861.



TERMINADA la guerra llamada de Reforma, con la toma de la capital de la República por las fuerzas liberales, al concluir el año de 1860, las tropas con que habían contribuido los Estados de la Federación regresaron á sus hogares, después de aquella sangrienta lucha que duró tres años.

El General de brigada D. Juan José de la Garza volvió á Tamaulipas con la que había organizado ahí, y tomó posesión del Gobierno del Estado, del que era á la vez Comandante militar. Como desde que comenzó la revolución, Tampico era entonces la residencia de los Supremos Poderes del Estado, exceptuando la Suprema Corte, que residía en ciudad Victoria.

Es bien sabido que desde el año de 1854, en que D. Juan José de la Garza se pronunció en Victoria contra el Gobierno del General Santa Anna, el estado de guerra había sido casi permanente en Tamaulipas.

Resultaba de aquel estado de cosas que hubiese muchos descontentos, entre los que á consecuencia de movimientos anteriores, se hallaban sin colocación en la administración pública.

Otros que no se hallaban en el mismo caso servían sin embargo con disgusto, por creerse agraviados, ó por no ver satisfechas sus aspiraciones.

Unos y otros formulaban mil cargos contra el General Garza. Lo acusaban de impureza en la inversión de los fondos públicos; de predilección para los pagos, beneficiando en ellos á los que componían su camarilla; de que algunos tenían dos ó tres empleos bien pagados, mientras el resto de los empleados y militares eran mal atendidos.

También le reprochaban amargamente que tuviese en guarnición algunos individuos del ejército federal, que aunque habían prestado servicios á la revolución, no eran bien vistos por muchos en quienes el espíritu de provincialismo se hallaba muy desarrollado.

De todas maneras, los elementos contrarios al Gobernador se fueron condensando poco á poco, y sólo esperaron un momento propicio para hacer explosión.

Hacía cabeza en la conspiración un maestro de música llamado D. Juan García Tovar, á quien se acusaba de tener ciertas tendencias á promover una guerra de castas, para lo cual mantenía inteligencias en las Huastecas.

Parece que la autoridad tenía algunas noticias de que se conspiraba, pero sin datos bastantes para que pudiera obrar.

Habían acordado los conspiradores verificar el pronunciamiento á la madrugada del día 29 de Marzo, cosa que si se hubiese verificado, hubiera obtenido un éxito completo; porque á semejante hora, la mayor parte de los Jefes y de los Oficiales se hallaría durmiendo en sus casas, en donde los hubiesen aprehendido.

Pero un acontecimiento imprevisto les hizo á los que se iban á sublevar precipitar el movimiento, y aquella precipitación fué la causa de que abortara.

Como era la noche del Jueves Santo, casi toda la gente se hallaba en el monumento de la Parroquia y en la Plaza de Armas, donde había música.

El que debía ponerse á la cabeza del motín era un Teniente Coronel de Infantería, Capitán primero de artillería llamado D. José Hernández; un Comandante de escuadrón llamado D. Francisco Salazar, de la Mayoría de Plaza, y algunos Oficiales sueltos y Sargentos de la guarnición.

Se dijo que también había algunos Oficiales de los cuerpos, comprometidos, y que la precipitación con que se hizo el movimiento no les permitió tomar parte en él. Puede haber habido algo de esto, pero yo no tengo datos bastantes para asegurarlo.

Muchos de los iniciados en lo que se tramaba se hallaban en la iglesia á cosa de las diez de la noche, y fueron advertidos de haber sido denunciados y que se habían dado órdenes para aprehenderlos.

Esta noticia violentó á Hernández, y dispuso que se precipitara el movimiento, arriesgando el todo por el todo.

Para el efecto, se dirigió en el momento al cuartel del 8º, donde se hallaba alojado el primer batallón G. N. del Estado *A* (1), que lo mandaba el Coronel D. Rafael de la Garza, hermano del Gobernador.

Sublevada la Guardia de Prevención, así como varias compañías de aquel cuerpo, salieron inmediatamente del cuartel, dirigiéndose por las principales calles de la ciudad hacia el fuerte Iturbide *B*, con objeto de hacer prisioneros en el camino á todos los Jefes y Oficiales que hallaran.

A su paso, se llevaron la guardia del Hospital Militar y la de la cárcel. Intentaron aprehender al Comandante Militar; y lo efectuaron con el Comandante de escuadrón D. Andrés Guerrero, con el Capitán Rangel, con el Comandante de escuadrón D. Domingo López de Lara, que era Jefe de día, y conmigo.

(1) Véase el croquis al fin.

Los que supieron á tiempo el movimiento, se pudieron escapar ocultándose por lo pronto, ó embarcándose en el muelle.

Cuando el General Garza tuvo conocimiento del motín, ya no le fué posible salir de la casa de Gobierno; y tuvo que hacerlo por la espalda, para cuyo efecto hubo de tener que saltar algunas azoteas y dirigirse al muelle C, donde tomó un bote, y se fué á bordo de una barca francesa que se hallaba fondeada en el río. De allí pudo después dirigirse al Fuerte de Casa Mata D, donde halló al General graduado D. Rafael Junquito, que á duras penas había escapado de los pronunciados.

Todo esto ocurría la víspera de la salida del paquete inglés. En el río se hallaba cargado de platas un pailebot que debía sacarlas de la barra al día siguiente, para trasbordarlas al paquete, como se acostumbraba siempre que bajaba la conducta de San Luis.

Muchos acusaban á los pronunciados de tener miras siniestras sobre el barco mencionado y de haber con este objeto determinado el motín, precisamente en la ocasión de la salida del paquete.

Si bien esta acusación parece verosímil, por las circunstancias que la motivaron, no creo que pueda apoyarse más que en simples suposiciones.

La marcha de los sublevados fué tan bien calculada, que casi á un mismo tiempo desembocaron por las calles que salen al Fuerte Iturbide, las diversas partidas en que se habían fraccionado.

Al aperebirlas, los del fuerte dieron las voces de ¡Alto ahí! ¿Quién vive? A la última, los amotinados respondieron con furia ¡Muera Garza!

Con gran sorpresa mía, y cuando esperaba que lloviera sobre nosotros una granizada de balas, gritaron los del fuerte ¡Avance la fuerza!

Ahí ví esa noche, por primera vez, á Hernández y á Salazar, de quienes conseguí que dejaran ir libre al Cónsul francés Mr. de St. Charles y á otro extranjero, que conducía presos uno de los destacamentos.

Como no sabía yo cual fuera el plan de los pronunciados, y sí que al otro lado del Pánuco había varios reaccionarios, esperando una ocasión de parar á Tampico, para hacerse de la situación, esto me alarmaba bastante.

Para descubrir la verdad, le manifesté á un Oficial llamado Díaz, la sorpresa que me causaba que hombres que como ellos habían peleado siempre bajo la bandera de la libertad, se pasaran así á las filas reaccionarias. Contestóme con vehemencia que yo me engañaba mucho si tal creía, porque ellos jamás combatirían en contra de la libertad; pero que estaban resueltos á no sufrir más la tiranía del General Garza. Añadió que yo podía estar perfectamente tranquilo, pues mi conducta era conocida y estimada por ellos. Pero que si los Generales Garza y Junquito, ó el Coronel Toledano, caían en sus manos, no les darían ni un minuto de vida.

El último Jefe á que se refería acababa de pasar un riesgo terrible. El mismo Díaz había entrado á catear la casa donde vivíamos, en busca de Junquito y de Toledano. Las piezas estaban iluminadas, y Díaz las recorrió registrándolo todo. En una pieza oscura se hallaba Toledano, enfermo y acostado en su catre. Díaz se contentó con abrir la puerta, y no registró el catre, que como se usa en la costa, tenía hechado el pabellón. Esta circunstancia le salvó la vida al Coronel.

Cuando todas las fuerzas sublevadas se hubieron reunido en el Fuerte Iturbide, Hernández organizó una columna, y á su cabeza marchó hacia Casa Mata, dejando en el fuerte un destacamento encargado de conservarlo y de custodiar á los prisioneros.

Eramos estos cuatro: los Comandantes Guerrero y Lara, el Capitán Rangel y yo. Estábamos encerrados en una casita de tablas, con una guardia, y centinelas adentro y afuera.

Excusado es decir lo que tuvimos que sufrir en el tiempo que permanecimos ahí, sin contar la enorme cantidad de moscas, que no nos dejaban reposar un momento.

Aquí debo hacer mención de un hecho que sería ingratitud el que pasara desapercibido. Es el caso que

quejándome de la falta de puros con que solazarme y ahuyentar las moscas, mientras estuviese prisionero, el Comandante Salazar me hizo traer un gran rollo de magníficos puros habanos, sin haber querido recibir su valor.

Entre tanto, oíamos un vivo fuego de fusilería y algunos cañonazos y gritería dentro de la ciudad, donde se había trabado un combate.

He aquí lo que pasaba:

Las tropas que permanecieron fieles al Gobierno se habían replegado á Casa Mata, donde se hallaba la división de artillería. Se organizó ahí una columna con un obús de á 12°. y al mando del Coronel Garza se puso en marcha rumbo á Iturbide. Al llegar á la Plaza de armas *E*, aquella columna se encontró con la que conducía Hernández, y de ahí resultó el choque.

Fué el resultado la derrota de los pronunciados, que se replegaron en buen orden á Iturbide, dejando muerto en poder de las tropas leales, al titulado Gobernador Tovar, que fué suspendido de una columna que descuellaba en el centro de la plaza.

Estas escenas tenían lugar pasada la media noche.

Después, Hernández nos hizo salir de la prisión al Comandante Guerrero y á mí, proponiéndonos que fuésemos como parlamentarios á manifestar al General Garza que él era el único obstáculo para la paz del Estado; que dejara el mando político y militar, y que los pronunciados dejarían las armas, sometiéndose á cualquiera otra autoridad.

Le manifesté que no podíamos admitir semejante comisión sin hacernos sus cómplices, y de consiguiente, acreedores á un severo castigo; que debía reflexionar en la crítica posición que él guardaba, pues ahí no tenía víveres, ni agua, y sólo podía contar con escasísimas municiones para sostenerse; que al contrario, el General Garza podía contar con dos baterías de piezas rayadas; que era natural que llamara á las armas al 2.º batallón de G. N. que estaba en receso, y además, recibiría auxilios de los lugares inmediatos; mientras que él, Hernández, no podría esperarlos de ninguna parte. Por lo

mismo, que en vez de querer imponerse al General Garza, debería suplicar el perdón de la falta cometida; que en este concepto sí me avendría á ir á negociar con el General.

Hernández quiso argüir que tenía los elementos necesarios para resistir el tiempo que quisiera, y que entre tanto se extendería la revolución por todo el Estado, y acabarían por derrocar á Garza.

Pero yo, como en mi calidad de Jefe de artillería estaba en el caso de saber lo que había en el fuerte, lo convencí de que no le era posible engañarme.

Entonces convino él en que fuéramos el Comandante Guerrero y yo á ajustar con el General una capitulación de la mejor manera que fuera posible.

Entre tanto, habíamos ido caminando y pasado un puente provisional echado sobre el foso, pues el fuerte estaba en construcción y aun no tenía puente levadizo.

Cuando nos vimos al otro lado, manifesté á Hernández que puesto que íbamos á prestarle un servicio, éste no debía quedar sin recompensa: que por lo mismo, desde aquel momento no debíamos considerarnos como sus prisioneros.

Contestó que así lo entendía; pero que exigía le diéramos nuestra palabra de honor de que volveríamos á darle cuenta de nuestra comisión, cualquiera que fuese la resolución del General Garza.

Nos avenimos á comprometer nuestra palabra; pero á condición de que nos empeñaría la suya, de respetar nuestras personas, como tales parlamentarios, al volver.

Comprometidas recíprocamente nuestras palabras y asegurado el solemne compromiso con un apretón de manos, el Comandante Guerrero y yo emprendimos la marcha en dirección de la línea que ocupaban las tropas del Gobierno.

Apenas habíamos dado algunos pasos en las primeras calles de la ciudad, nos encontramos con las avanzadas del Coronel Garza, que se disponía á atacar el fuerte. Reconocidos por ellas, penetramos sin dificultad la línea, y mi primer cuidado fué buscar al Jefe de ella para

darle cuenta de nuestra comisión, é impedir un ataque, que por aquel lado y en aquel momento, hubiera tenido sin duda un resultado desastroso.

Conseguido este objeto, pasamos á Casa Mata, donde ya se hallaba el General Garza.

Impuesto del motivo de nuestra libertad y de las pretensiones de los sublevados, para hacer una capitulación, contestó el General que resolvería después.

Pasado un rato, le manifesté el compromiso en que nos hallábamos el Comandante Guerrero y yo, de volver á Iturbide. Me dijo que primero era necesario disponer todo lo conveniente para el ataque, y que ya todo listo, volveríamos con la resolución. Entonces, llevándome aparte, se impuso menudamente del estado en que se hallaban los pronunciados, y me pidió mi parecer para atacarlos.

Le manifesté que creía oportuno situar una batería en *F*, á la orilla de la laguna del Carpintero, de suerte que no pudiese ser batida por la pieza de 68 que á barbata había colocada en Iturbide, y cuyo campo de tiro no alcanzaría á aquel punto; que se verificaría esto, apoyadas las piezas por las tropas del Coronel Garza, que ya se hallaban en la parte baja de la ciudad; que aprovechando lo que quedaba de la noche, el Teniente Coronel de infantería, Capitán primero de artillería D. Manuel Larrañaga, haciendo un rodeo por el lado opuesto de la laguna del Carpintero, fuese á amanecer con una batería al llano del Espartal, y situándola en *G*, tomaría por la espalda á la tropa situada en el fuerte, puesto que éste se hallaba abierto y sin concluir por el lado del campo. Añadí que con este plan no podrían resistir los sublevados ni un cuarto de hora, sin abandonar el fuerte, según mi parecer.

Me contestó que le agradaba; pero que no había tropa con que sostener la batería de Larrañaga; mas habiéndole manifestado la gran dificultad que tenían para salir del fuerte, hacia aquel lado, por pasar por allí una corriente de agua salada, ancha y profunda, hubo de convenir en que unos pocos infantes serían suficientes para sostener

las piezas, y que más era la influencia moral que éstas iban á producir que el daño efectivo que habían de causar.

Me ordenó, pues, que se alistase todo, y que en cuanto estuviera listo, emprendiera Larrañaga su marcha con veinte infantes que se le podrían proporcionar de allí. Que yo diera á aquel Jefe todas las instrucciones que creyera conducentes.

En el parte que dió el General Garza al Gobierno con fecha 13 de Abril de 1861, sobre los acontecimientos ocurridos durante la noche del 28 al 29 de Marzo, dice que al llegar el Sr. Guerrero y yo de Iturbide, ya había él dado las órdenes y tenía todo preparado para que se verificaran los movimientos mencionados.

No puedo persuadirme que el General Garza procediera así con malicia, por más que se haya generalizado mucho entre los superiores negar á sus subalternos la parte que suelen tomar en importantes resoluciones.

Mejor prefiero creer que el General olvidó la conferencia que tuvo conmigo, en medio de los acontecimientos que se sucedieron sin interrupción en aquella noche.

Sí es verdad que cuando llegamos á Casa Mata se trabajaba allí con actividad en cargar los carros de municiones; se sacaban cajones de los almacenes á oscuras, con mil dificultades, pues no había una linterna sorda, y se disponían las piezas.

A todo esto había procedido el General Junquito que había llegado desde los primeros momentos. Pero aun no se determinaba nada sobre el ataque, y lo único que le oí decir al General, que sería bueno poner una batería en las lomas de Andonaegui, lugar demasiado distante para que hubiese podido producir un efecto decisivo.

Impuesto Larrañaga de lo que tenía que hacer, y listo todo lo que necesitaba, marchó por el camino de Altamira, para ejecutar la operación que se le encomendaba.

El Capitán D. Adolfo Garza se situó con tres piezas en el sitio que se había determinado, y esperó á que se le ordenara, para romper el fuego.